

H. BREUIL

Cantabria

*R. 1100
3312*

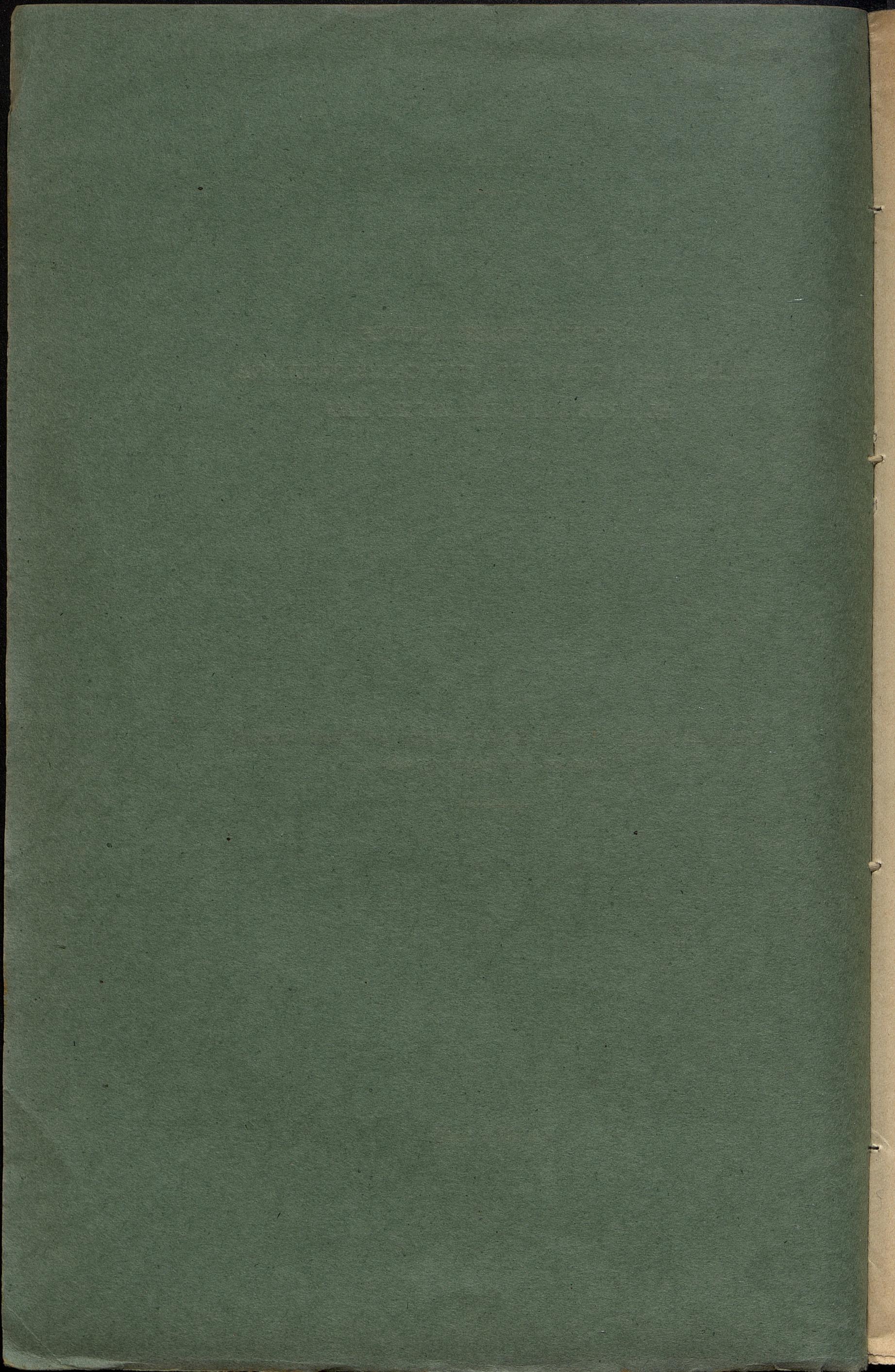
ALGUNAS OBSERVACIONES

ACERCA DE LA OBRA DE D. JUAN CABRÉ, TITULADA
EL ARTE RUPESTRE EN ESPAÑA

Extracto del BOLETÍN DE LA REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL.
Tomo XVI, 1916 (páginas 253-269).

*Voir le n° même du Bull.
avec additions, MSS. lettres.*

MADRID, 1916



Algunas observaciones acerca de la obra
de D. Juan Cabré, titulada: *El Arte Rupestre en España*

por

H. Breuil.

La obra publicada recientemente por D. JUAN CABRÉ AGUILÓ, con el título de *El Arte Rupestre en España*, y el prólogo bastante extenso que la antecede, escrito por el MARQUÉS DE CERRALBO, se hallan en manos de eruditos españoles.

Como quiera que estos autores exponen, respecto de varios extremos, opiniones bastante diferentes de las mías, y rechazan éstas sin unir siempre a sus críticas una exposición justificativa de la opinión contraria, solicito de la REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTO-

RIA NATURAL, que se digne dar hospitalidad a estas breves líneas, en las cuales procuraré, sobre algunos puntos, contestar a mis amables contradictores, y, en otros, dirigirles, a mi vez, algunas observaciones corteses. De un modo general, seguiré el orden en que el texto de la obra me presente la cuestión o materia controvertida.



El MARQUÉS DE CERRALBO elogia con razón a los artistas paleolíticos que decoraron las cavernas cantábricas y ensalza el notable sentido del movimiento que se revela en sus obras. Sin embargo, cuando adopta la interpretación del «Jabalí de ocho patas», de Altamira, dada ya por autores sin autoridad suficiente como una representación «impresionista» del movimiento, incurre en error. En efecto, las ocho patas se deben solamente al hecho de que, habiendo quedado casi borradas las cuatro primeras por la alteración, otro pintor subsanó esa degradación pintando otras nuevas, que no coincidían con las primeras.

El ilustre arqueólogo hace en otro lugar el proceso de la interpretación propuesta por nosotros de los dibujos «antropoides» de Altamira, Hornos, Marsoulas y otros lugares. No puede resignarse a considerarlos como humanos, pues sería injuriar a los artistas autores de las bellas figuras animales el creerles capaces de rebajarse hasta tal punto. A esta objeción he contestado anticipadamente haciendo ver que los dibujos que se discuten, de Hornos y Altamira, son obra de artistas de época auriñacense bastante remota, y mi contradictor, al relacionarlos con obras mucho más modernas, es víctima de una ilusión de perspectiva, que le hace confundir términos separados por casi toda la extensión del paleolítico superior.

Para el MARQUÉS DE CERRALBO, esos dibujos representan *Monos*. «¿No tiene una cola la figura de Hornos?»—Desgraciadamente, los macacos de Gibraltar están desprovistos de ella en absoluto, y para hallarles, en Europa, antepasados fósiles, hay que remontarse a un período más lejano que los yacimientos chelenses de Torralba; los importantes trabajos de BUSK sobre las brechas huesosas del «Rock» no han hecho descubrir ningún resto o vestigio de ellos, y hay serios motivos para pensar que la presencia de esos cuadrumanos en Gibraltar es debida a una importación de época histórica, romana o morisca. En cuanto a los Monos de cola, desaparecieron de Europa con anterioridad al fin del terciario. Ciertamente que el menor descubri-

miento auténtico de osamentas de primates en un yacimiento paleolítico superior sería un dato susceptible de dar una gran fuerza a la opinión del MARQUÉS DE CERRALBO; pero hasta que no se haga ese poco verosímil descubrimiento, me parece en pugna con lo que sabemos sobre la geología y la paleontología europeas, tanto más cuanto que, para seguirla lógicamente hasta en sus consecuencias, sería preciso admitir la existencia de dos variedades de monos, por lo menos, unos con cola, los otros desprovistos de este apéndice.

También recuerda el autor que había propuesto con anterioridad que se considerasen focas, animales que habían existido, y hasta existen todavía esporádicamente en el litoral del Océano y del Mediterráneo. Uno de los dibujos de Altamira, publicado, por otra parte, con fecha posterior a la observación que impugnamos (Pirineos Cantábricos, fig. 201), puede, en rigor, ser interpretado así aisladamente; pero no puede ocurrir lo mismo con los otros; su *phallus* no puede ser sino humano, y su forma, engrosada a la altura de las ancas, adelgazada más arriba, con largos brazos delgados y acodados, se opone en absoluto a la asimilación propuesta. En efecto, las focas son, por el contrario, muy gruesas de espaldas, su cuerpo se afina hacia atrás, y sus miembros cortos y anchos, no recuerdan el aspecto de brazos.

Si hemos admitido como más aceptable la hipótesis de disfraces con máscaras, es por ser la más sencilla y la que se ajusta más a los datos de la Etnografía comparada. Las mascaradas salvajes no se reducen, como dice el MARQUÉS DE CERRALBO, contradicho en esto por millares de hechos etnográficos, a la utilización de los despojos de animales cazados para acercarseles engañándolos; la literatura sobre esta cuestión es inmensa, y nos contentamos con señalar las indicaciones contenidas en los capítulos comparativos de nuestro libro sobre Altamira.

En cuanto a ver en ello, con Mr. S. REINACH, «*Ratapas*» progenitores espirituales de forma ambigua, no podríamos resolvernos a hacerlo sin reserva, pero recordaremos que es imposible indicar un ejemplo etnográfico de creencia en un ser espiritual de aspecto semi-bestial, sin que esa objetivación imaginaria tenga su fuente de inspiración en la práctica de los disfraces rituales. La hipótesis de Mr. REINACH, no comprobable, pero tampoco absurda, supone pues, en su raíz, el uso de máscaras entre los pueblos paleolíticos; nada más normal, pues tales manifestaciones son la regla en ese grado de civilización. Debe admitirse recíprocamente que allí donde existían más-

caras, han debido ser imaginados seres tales; lejos de excluirse las dos ideas, son, por el contrario, solidarias.

Respecto de las imágenes, muy humanas éstas, de las rocas pintadas del Oriente español, el eminente autor subraya con razón la longitud extraordinaria de sus piernas; pero proyecta esta particularidad del canon artístico en la esfera de las realidades anatómicas: «Esa vida de cazadores inmensamente activa... hizo que las piernas de esos hombres adquiriesen un desarrollo tan desmedido, que se hallan representadas como *colosales* en las cavernas españolas». Más sencillo y prudente nos parece afirmar que una desproporción tal es constante en todas las pinturas primitivas, sean *bosquimanas*, cretenses, griegas, egipcias, arcaicas, y no corresponde sino a un procedimiento artístico en la expresión de los movimientos.

Al hablar de las figuras femeninas, el eminente escritor no se resiste a establecer una oposición fortísima entre las esculturas auriñacienses y magdalenenses de Aquitania y las pinturas de los abrigos orientales; por un lado, la *venus* aquitania, hembra de formas opulentas, está sujeta, por su misma obesidad, al hogar, y no puede seguir al hombre en la persecución de la caza; por otro lado, la mujer española de Cogul o de Alpera «último acto encantador de la divina creación, emblema ideal de la naturaleza, cimiento de la patria, sublime maga»; «castamente vestida, inaugura el sentimiento del pudor ocultándose a las miradas obscenas y reservando sus amores, como un tesoro velado, para el hombre de su elección»; «esbelta, ágil, resistente en las caminatas, sigue al hombre a través de sus correrías, y le acompaña a la caza». El dístico es seductor y está pintado de mano maestra; pero ¿no se abandona el artista a algún brillante desvío imaginativo a expensas del buen arqueólogo?

Antes de concluir con lo referente a las mujeres pintadas en España, mencionaremos otros varios asertos discutibles; en primer lugar, la relación arbitraria entre los escutiformes de Castillo y las faldas de Cogul, elementos de época absolutamente diferente y de medios etnográficos y geográficos tan distantes como heterogéneos. Las figuras de Castillo pertenecen al viejo auriñaciense; las de Cogul y Alpera, son ciertamente mucho más modernas. La asimilación propuesta de las figuras pintadas del Tajo de las Figuras (Casas Viejas), con las estatuillas auriñacienses del Sur de Francia es, además, grave anacronismo, pues las pinturas de la Laguna están fechadas por el hombre del hacha (¿de piedra o de cobre?), pintado no lejos y que establece o fija la edad neolítica o eneolítica,

confirmadas por otras numerosas relaciones o conexiones. Las analogías de las pinturas del Sur de España nos parece más justo buscarlas en los medios mediterráneos, bien hacia el Asia Menor, bien en Malta, donde conocemos estatuas esteatopigas acurrucadas, en cuclillas, de la época del Bronce, que son testimonio de la prolongación o extensión de la misma tradición artística.

En fin; acaso debiera declarar que no he visto nunca en las rocas de Mirabueno, las cuales visité en dos ocasiones, sino tintes informes y negruzcos, en lugar del dibujo de hombre y mujer observado por el Sr. CABRÉ y publicado por el MARQUÉS DE CERRALBO.

Pasando al problema de la domesticación del caballo en la época paleolítica, he de decir que esta teoría fué lanzada en otro tiempo por TOUTAIN a propósito de las osamentas acumuladas en Solutré, y PIETREMENT ha reducido a la nada sus aseveraciones, carentes de base seria. El hombre del bastón al hombro (cuya cabeza simiesca omite mencionar el MARQUÉS DE CERRALBO) de la Madeleine, anima al eminente escritor a reanudar por su cuenta los argumentos y errores de EDOUARD PIETTE. Notemos de paso la grave confusión de que es víctima, al atribuir a la época aziliense, porque fué hallada en el Mas d'Azil, la admirable escultura de cabeza de caballo que relincha, descubierta por PIETTE en los hogares o focos del magdaleniense antiguo de la orilla derecha del Arize. Aquí no cabe error alguno. El argumento de PIETTE, prohijado por el MARQUÉS DE CERRALBO, era la representación estilizada de ciertas particularidades de la cabeza de los caballos, llegando a dar excepcionalmente la ilusión de una cabezada. Estas particularidades se hallan, por otra parte, sobre el lomo y las piernas de cabras monteses y bisontes, y figuran, ora relieves musculares u óseos a modo de adornos, ora simples detalles del vellón, como yo lo establecí después de Mr. CARTAILHAC. Pero el detalle que retiene, sobre todo, la atención del autor español, es la línea marcada tan frecuentemente alrededor del hocico y en la que ve una correa. Ciertamente que no representa, soy de su parecer, un relieve óseo o muscular, ni un pliegue de la piel; pero he demostrado ya que figura el límite de la faz y de las mejillas con pelo largo y obscuro, y de la región del hocico y de la boca casi lampiña y blanca; son estas particularidades que todos los équidos salvajes actuales y muchos asnos domésticos presentan aún.

Respecto de la interpretación de los diversos signos del techo de Altamira, el MARQUÉS DE CERRALBO renueva una teoría ya anti-

gua emitida por él. En los *naviformes*, interpretados después por nosotros con numerosos documentos etnográficos de comparación, figurando mazas de madera (claviformes), ve artefactos de caza destinados a herir en el pie a las reses mayores. Desgraciadamente, el contacto alegado de la gran cierva de Altamira con ciertos de ellos, se debe a la superposición, completamente fortuita, sobre los signos rojos de edad auriñaciense de los policromados del final del Magdaleniense. (Véase *Pirineos Cantábricos*, págs. 200-203.)

En cuanto a los tectiformes, donde vemos cabañas, el MARQUÉS DE CERRALBO, fundándose en la asociación, a mi juicio accidental, entre algunos de ellos con un bisonte de Font-de-Gaume, opina que son trampas. A pesar de este defectuoso argumento, la idea del eminente escritor me parece digna de serio examen y en modo alguno desdeñable *a priori*. Tomo nota, en primer lugar, de que, según el parecer del mismo, se trata de representaciones de trampas formadas por la disposición hábil de troncos o palos y ramas. Yo añadiré que los artesanos carpinteros capaces de realizarlos, trátese de trampa o de casa, se hallaban evidentemente en condiciones de construir cabañas con cercas, etc. En fin, mi hipótesis de cabañas está basada en numerosas analogías etnográficas, mientras que no he podido reunir ninguna en favor de la idea de trampa, y por este motivo la he abandonado, no sin pesar, por parecerme gratuita.

En cuanto a la objeción que se me hace de que las paredes laterales están con frecuencia figuradas o representadas oblicuamente, hecho que estaría en oposición con la estabilidad del edículo, haré observar que esa oblicuidad hacia fuera no es general, y que, por otra parte, es muy fácil realizar prácticamente una cabaña en que los pilares laterales, normales al techo, cuyo empuje soportarían, se hundan oblicuamente en tierra, desde el momento en que los elementos del techo están ellos mismos unidos sólidamente a la cobija sostenida por los pilares centrales, principal sostén del edificio. La experiencia no es costosa ni difícil de comprobar, y resulta concluyente por completo. Además, no creo que esos dibujos, muy convencionales y adornados, deban interpretarse como descripciones o diseños de arquitectos.

Sábese que, queriendo interpretar los signos de la gruta de Santían en forma de manos o de brazos, propuse la idea de armas con la forma de estos órganos, en las que el brazo formaría el mango; el MARQUÉS DE CERRALBO adopta una idea aproximada; pero de la

mano hace la empuñadura, y del otro extremo, que es generalmente obtuso y redondo, la punta; esta explicación me parece poco concluyente; con esa suerte de espadón, el hombre, según él, atacaría al bisonte, y aduce en apoyo de su dicho una sencilla mancha completamente insegura como significación, vestigios de pinturas de valor muy dudoso, probablemente indeterminable, que avvicina casualmente una de las más pequeñas y peores figuras policromadas de Altamira. Nada se puede sacar en claro de documentos tan vagos.

Tocante a los pectiformes de Marsoulas y Altamira, se niega a ver en ello manos esquemáticas; sin embargo, una de las figuras de Marsoulas tiene el pulgar demasiado bien determinado para que la duda sea posible en esto, y la mayor parte tiene cinco dientes, como también en Altamira; esa figura es el signo de la mano en casi todas las escrituras simbólicas primitivas del mundo, hecho de un valor que no se podría desdeñar. Además de esto, es probable que esa explicación no valga igualmente para todos los pectiformes, principalmente cuando se consideran los de más dientes y los de época neolítica, para los cuales no estaba destinada en modo alguno. Pero yo no podría aceptar en ningún caso la sugestión de mi eminente contradictor, de reconocer en ello armas para matar bisontes, armas formadas por un travesaño de madera, al cual se adaptarían varias hojas de silex o pedernal de aguda punta. No conozco nada parecido en etnografía, y fuera de esta vía relativamente sólida, rehusé internarme en esos terrenos movedizos, en los que, para emplear el lenguaje del Sr. CABRÉ, se abandonó, sin bastante recelo, «a su imaginación exuberante y a su intuición maravillosa».

Al terminar esta somera revista de puntos litigiosos, no dejaré de recordar que el eminente escritor se excusa, finalmente, de haber *abierto el camino* a algunas hipótesis, que él no sostiene, sino que indica solamente para que los especialistas decidan. Era un galante alegato en esta discusión cortés; yo he usado de esa misma franca libertad de que el sabio arqueólogo se sirvió para criticar varias opiniones, de las cuales no podía ignorar él que yo era el principal defensor.



Vengamos ahora al libro mismo del Sr. CABRÉ. Ya que el autor quería poner al alcance del público español un resumen general del origen de la ciencia prehistórica, es lamentable que no haya vigila-

do más la corrección ortográfica de los nombres propios, principalmente en el primer capítulo; graves errores restan mérito a una obra presentada, por otra parte, con gusto, y cuya ilustración es excelente.

Buckland	se ha convertido en...	..	Buckand.
Bize	—	Bisse.
Christol	—	Cristol.
Dumas	—	Duncas.
Savigné	—	Sevigné.
Peccadeau	—	Piccadeau.
Arcelin	—	Arciliu.
Aurensan	—	Aurenzau.
Monstier	—	Mustier.
Laporterie	—	Laportière (!).
Fermond	—	Fermod.
Julien	—	Julieu.
Paignon	—	Paignou.
Reinach	—	Reilhac (!!).
Verneuil	—	Vernuil.

Pasó por alto otras menos graves; incluso ciertos nombres españoles alterados:

Pág. 87. Caravaca se convierte en Casabaca, y la Sagra en Sapa. Concibo que el Sr. CABRÉ esté poco familiarizado aún con esas cuestiones de ortografía de nombres extranjeros; pero hubiera obrado bien teniendo en cuenta, como lo ha hecho en lo tocante á la lista de las estaciones europeas con obras de arte, las correcciones que yo me tomé el trabajo de señalarle sobre pruebas que él me envió (1).

En la misma parte del volumen se han deslizado aún pequeñas confusiones, que señalo más bien como simples retoques a efectuar en otra edición: la figura 10, representa un objeto falso; la figura 23, no es de cuerno, sino por el contrario una fina lámina de hueso

(1) Es de lamentar que ese pequeño favor no sea mencionado por el autor, según costumbre. Asimismo, en vano se buscan en su libro las gracias habituales a los autores y revistas francesas de las que toma tan ampliamente la ilustración. Yo había tenido, por otra parte, el vivo placer de concederle liberal autorización en lo concerniente a los documentos publicados por mí, feliz de verlos puestos de ese modo a la disposición del público español y de pagar así una parte de mi deuda hacia este noble país.

cortada; la figura 24, es una escultura gruesa de hueso y no una hoja de hueso; la figura 25, no es de marfil, sino de cuerno de reno.

El orden de los yacimientos de la Península Ibérica, no es ni alfabético, ni geográfico, ni cronológico, lo que hace esa lista muy difícil de consultar.

Haré algunas observaciones más fundamentales: la localidad de Otta, conocida por sus sílices terciarios problemáticos, es citada como chelense (?).

Pág. 42. La industria de Penical (Asturias), está indicada como achelense, lo cual es muy discutible; opinaría yo, *provisionalmente*, como de una fecha mucho más reciente. Este asunto está en estudio, y el CONDE DE LA VEGA DEL SELLA acabará sin duda por dilucidar definitivamente esta cuestión todavía dudosa.

Pág. 47. El Sr. CABRÉ comete un *gravísimo error* atribuyéndome el descubrimiento en Unquera de herramientas musterianas con un diente de hipopótamo (!). El yacimiento, hallado por ALCALDE DEL RÍO y yo, ha dado una muela inferior de *Rhinoceros tichorhinus*, y partes de muelas superiores del mismo, determinadas y publicadas por M. HARLÉ, ¡lo que es muy diferente! La mención del hipopótamo corre el riesgo de causar muchos errores lamentables.

Otra afirmación sensacional y no menos atrevida, es la emitida por el Sr. CABRÉ, página 41, a propósito de Torralba, «la estación humana más antigua que se conoce en Europa», donde pretende con insistencia, haber observado «los primeros ensayos del arte», en forma de grabados sobre hueso. Estos últimos, que he visto en Madrid, en fotografía y en el original, son huesos estriados, sin ninguna pretensión de nada, aunque se suponga que esas estrías sean obra del hombre, cosa que no me parece cierta. El autor se ha abandonado muy ligeramente a su imaginación creadora, lo cual es grave, pues nada tan lamentable como el lanzar a la circulación, partiendo de datos inexistentes, por decirlo así, semejante leyenda. Procuremos que nuestros estudios no sean motivo de irrisión para las personas instruídas y sensatas.

El capítulo II expone el sumario de los descubrimientos sobre el arte prehistórico. En la parte consagrada a la costa Cantábrica y a la región circunvecina, ha habido asimismo errores materiales que señalo a los lectores españoles.

Pág. 61. El Sr. CABRÉ me atribuye afirmaciones exactamente contrarias a lo que yo he escrito. En efecto; creo haber establecido que las figuras de Altamira en rojo unido son posteriores a las figu-

ras negras modeladas, y anteriores a numerosos grafitos; he dicho igualmente que las polícromas de contornos trazados en negro, son más recientes en Altamira que las que no los presentan.

Pág. 65. Todas las manos de Gargas (Alta Garona) son negativas y no positivas, como escribe el Sr. CABRÉ.

Pág. 66. La piedra de Laussel no es arenisca, sino calcárea. El Sr. CABRÉ omite el trabajo principal sobre Cap-Blanc, publicado por el Dr. LALANNE y por mí.

Pág. 71. Los tectiformes de la gruta de Herrerías han sido descubiertos por el señor ALCALDE DEL RÍO, quien me condujo allí.

Pág. 72. El P. CARBALLO no había visto en Atapuerca sino accidentes o fósiles de la roca, que hizo mal en publicar como figuras intencionales.

Pág. 74. El Sr. CABRÉ ha omitido decir, respecto del descubrimiento de Peñalba, que la primera indicación le había sido transmitida por mí, que la debía al P. J. Atienza, socio del P. SIERRA, de Limpias; ese religioso, oriundo de Villastar (Teruel), las había visto en su infancia y me las señaló.

Pág. 78. La memoria del Sr. CABRÉ respecto del origen de su excursión a las Batuecas, es seguramente infiel. Informado del artículo de VICENTE PAREDES, y deseando animar al Sr. CABRÉ para que extendiese sus investigaciones más allá de su país natal, obtuve de S. A. S. EL PRÍNCIPE DE MÓNACO una subvención para él, y le invité para que fuese a comprobar antes que nadie los asertos de VICENTE PAREDES, no pudiendo abandonar yo en varias semanas mis tareas en Friburgo. Por otra parte, he tenido motivo para felicitarle del celo que el Sr. CABRÉ desplegó para llevar a buen término la misión que había aceptado y por el éxito de sus investigaciones.

Con objeto siempre de alentar al Sr. CABRÉ, y por amistad hacia él, cuando pensé en extender a Andalucía y Sierra Morena mis investigaciones rupestres, le propuse graciosamente que me acompañase, asociándole a trabajos, en los que toda iniciativa y dirección era mía y que el Sr. CABRÉ no tenía entonces ni la idea ni los medios de realizar. Por otra parte, le estoy agradecido por el excelente concurso que me prestó, como hábil fotógrafo sobre todo, durante varios años, cosa que nunca he dejado de mencionar.

Entre las personalidades españolas que el Sr. CABRÉ ha colmado justamente de alabanzas, a las cuales me asocio, por sus meritorias iniciativas, cada una en su región, he sentido no hallar el nombre

de D. FEDERICO DE MOTOS, ni ver mencionada la parte activa y desinteresada que tomó en las investigaciones de la provincia de Almería. No sólo nos acogió a ambos, en diferentes ocasiones, con la cordialidad delicada y la abnegación de un amigo, sino que nos hizo ver muchas rocas que sólo él conocía y puso a nuestro servicio uno de sus empleados, hábil *buscador*, cuyas investigaciones dirigió él posteriormente para el fin perseguido en común. El Sr. CABRÉ hubiera debido hacerle justicia.

Antes de pasar del capítulo II añadiremos una corrección final: el grabado en piedra que hallé en la gruta de Parpallo, no representa una cabra montés, sino un lince (?).

El capítulo III está dedicado al estudio de las grutas cantábricas, que el Sr. CABRÉ no ha visitado sino muy poco, y sólo *de paso*; por esto no faltan los indicios de que la materia no le es muy familiar.

Pág. 103-104. Criticando mis ideas sobre el origen del arte parietal, el Sr. CABRÉ mezcla y confunde mi teoría acerca de los dibujos digitales en hueco sobre arcilla, y aquella otra teoría sobre las diversas trazas coloridas dejadas en las paredes roquizas por los dedos y las manos manchados de ocre. Se sabe que son esos los más antiguos vestigios de decoración de las grutas cuaternarias, y que he intentado hacer ver que el arte parietal derivaba por evolución de esas trazas, al principio accidentales. El Sr. CABRÉ, afirma sin timidez, que «esas teorías son inadmisibles y faltas de base». Yo ignoro dónde habrá adquirido el conocimiento necesario de la materia para justificar su afirmación; pero he aquí sus razones: La estatuaria, desde el principio del auriñaciense, está en su apogeo; no es, pues, inadmisibile que, en la misma época, el dibujo lineal sea aún tan rudimentario. Mi respuesta es ésta: La idea de escultura y la del dibujo lineal son cosas distintas, en modo alguno solidarias, como los estudios etnográficos e infantiles lo demuestran; ciertos pueblos hacen esculturas y son incapaces de comprender dibujos, y el niño comprende el sentido figurado de los juguetes, muñecos o animales, antes de descubrir el de la imagen, cuyos colores sólo llaman de pronto su atención. PIETTE se sorprendió con justo motivo de que el invento del dibujo, donde las tres dimensiones de los objetos son reducidas a dos, exigiese un poder de abstracción mayor que la realización de esculturas en las cuales están conservadas; así quiso demostrar cómo el arte escultórico creaba gradualmente el grabado trazado; en esto se engaña o equivoca parcialmente, porque

si el estudio del arte mobiliario parecía prestarse a esa demostración, no ocurre lo mismo cuando se tienen en cuenta los resultados obtenidos desde la muerte de mi antiguo maestro, que provienen del arte parietal. Puedo afirmar hoy que el origen de esas dos manifestaciones, escultura y dibujo, es diferente y no único, y su evolución constantemente paralela. En el origen de la escultura se halla, de una parte, la utilización de despojos de animales disecados o empajados con diversos fines, sustituidos luego parcialmente por una intervención industrial; y, por otra parte, la interpretación de las formas naturales; por el contrario, desde el punto de partida del dibujo, figurado o decorativo, se observa la nota de trazas accidentales, marcas de herramientas, vestigios de pasos, trazos y señales de manos, sombra proyectada y adaptación intencional a la idea de ornamento o de representación figurada, según los casos. El señor CABRÉ parece no haber reconocido suficientemente la importancia de tales problemas de psicología y sociología, pues es consecuencia de su perspectiva que signos digitales y las manos aplicadas sobre paredes, más antiguas que todas las otras manifestaciones parietales, sin duda alguna, adquieren todo su valor. Es muy posible, por otra parte, que se pueda llegar un día a demostrar que ciertos dibujos digitales y ciertas marcas de dedos o de manos, remontan más allá del Auriñaciense, hasta en el Musteriense; sabemos, en efecto, que es en capas de esa época donde se comienzan a descubrir trozos raídos, raspados de ocre y más de manganeso, destinados probablemente a la pintura corporal.

Anotemos ahora algunos errores de detalle, inevitables de parte de un autor que no ha podido estudiar directamente, y de una manera profunda, las cavernas cantábricas.

En la pag. 104, el Sr. CABRÉ se equivoca al expresar, de un modo confuso, por otra parte, que ciertos dibujos de Hornos o de Altamira serían anteriores a los dibujos digitales o a las manos positivas o negativas; todas las demás manifestaciones parietales están encima invariablemente; en cambio, y contrariamente a la afirmación del Sr. CABRÉ, no existe contacto entre los unos y los otros.

Pág. 106. Incorre ciertamente en error queriendo remozar los dibujos antropomórficos de Altamira y colocarlos en el mismo plano cronológico que la figura del Mas d'Azil, que es magdalenense.

Pág. 107. Si el Sr. CABRÉ tiene a bien leer con más atención los volúmenes dedicados á La Pasiega y a las cavernas cantábricas,

sabr  por qué me vi obligado a atribuir edades muy diferentes a diversos grupos de tectiformes.

Pág. 113. Resumiendo el Sr. CABRÉ, según mis trabajos, las pruebas principales de la edad o época paleolítica de las cavernas pintadas, incurre en varios contrasentidos importantes en su traducción; el cuarto, no corresponde a nada que yo haya dicho; el sexto, es un texto inventado en todas sus partes, y que yo no he escrito jams , pues es un tejido de errores. En efecto; M. RIVIERE no ha escrito nunca sobre Teyjat, que yo cito como localidad donde hemos hallado «inéditos» grabados magdalenenses sobre losas estalagm ticas fechadas por su posición estratigráfica; el grabado de Puyrousseau, auriñaciense superior, fué hallado en los focos de ese yacimiento por M. RIVIERE; son dos hallazgos distintos, como yo hice notar al Sr. CABRÉ, sobre pruebas que él me había enseñado.

El descubrimiento del bloque pintado del Sr. DID N, hallado en Sergeac, se relaciona con el auriñaciense medio bien definido, y no con el fin de ese período.

Pág. 122. Las manos de Pretina (Cádiz) ciertamente no son paleolíticas, como las demás figuras del mismo conjunto.

Pág. 123. Línea 10; hay escrito *no* en vez de *nos*, lo cual invierte o tergiversa el sentido; una simple errata de imprenta que tiene su importancia.

Pág. 126. El Sr. CABRÉ repite las ideas del Sr. MARQUÉS DE CERRALBO sobre los tectiformes, toma por cuenta propia otra idea ya antigua, la de que ciertas figuras representan escudos, añadiendo para otras la interpretación de sombreros y bolsas; estas afirmaciones no van acompañadas de ningún principio de prueba; no tenemos que tomarlas, por consiguiente, en consideración; el Sr. CABRÉ, por otra parte, ha omitido exponer mis propias teorías, que rechaza sin examen.

El cap. IV trata de las rocas pintadas al aire libre, del estilo de Levante de España, que ha examinado por sí mismo, y, por consiguiente, sus descripciones tienen una precisión y un valor mayores que en las partes precedentes; cierto número de hechos nuevos bien descritos, fruto de su investigación, realzan particularmente el interés.

No discutir  a fondo algunas inexactitudes menudas o ciertas ideas emitidas sin espíritu de crítica, pero sin consecuencias graves. Señalaremos, sin embargo, pág. 139, que no es exacto que en los Pirineos Cantábricos, la transición del Auriñaciense al Magdaleniano

se verifique sin episodio solutrense, cosa que considero verosímil en el resto de España, como el Sr. CABRÉ lo dice después de indicarlo yo.

Pág. 177. No puedo llegar a comprender cómo las cabezas de mujer de Cogul y de Alpera pueden autorizar al Sr. CABRÉ para decir que sus cabellos caían en bucles sobre sus hombros, puesto que sus cabezas están, por el contrario, completamente separadas de éstos siempre.

Respecto del cazador de ciervos esquemático de Cogul, sobre el cual tuve posteriormente, en mi primera nota, la ocasión de reconocer la edad neolítica, desde el principio había examinado yo paralelamente la idea de arco y flecha y la de escudo y venablo; la primera idea, ahora que no faltan los documentos comparativos, se impone de una manera tan clara, que no comprendo cómo el Sr. CABRÉ habla aún de espada y de escudo.

Pág. 193. El Sr. CABRÉ declara que, dada la edad de las pinturas de Alpera, la idea de la domesticación del perro, que yo insinué con duda, es *inadmisibile*. Me parece que, teniendo el hombre neolítico desde el principio, el perro doméstico, y apareciendo esporádicamente osamentas atribuibles a este animal, no sólo en medios azilienses, sino también en medios magdalenianos franceses, es preciso admitir que esa domesticación ha comenzado en alguna parte. Tampoco es dudoso que varios cánidos representados en Alpera, no son lobos ni zorros, sino más bien *perros*, salvajes o domésticos; finalmente, es posible que ciertas proximidades de esos animales con cazadores no sean fortuitas. Tal es el estado de la cuestión, como yo la he expuesto, y la negativa del Sr. CABRÉ no puede cerrar el debate, que permanece abierto.

Pág. 195. No podría admitir yo de ningún modo las cabezas humanas de Alpera indicadas por el Sr. CABRÉ como presentando un aspecto o rebozo animal; los ejemplos citados no son, en manera alguna, característicos, y ciertos perfiles de la segunda línea de la figura 92, son testimonio de una interpretación muy atrevida que yo no puedo admitir.

Lo mismo acontece con la modificación introducida por el Sr. CABRÉ en ciertos detalles pequeños de mis dibujos, que evidentemente han servido de punto de partida para la ejecución de las láminas XIV y XXII; por esto no pudo invocarlas, como lo hago con placer para los dibujos de El Arabi, como una confirmación de mis propios datos, de los que son visiblemente una derivación.

Pág. 197. Me parece que el Sr. CABRÉ no se ha dado cuenta de que el objeto que tiene en la mano el personaje grande es sencillamente la extremidad de un gran arco situado arriba, exactamente como en la gran figura próxima. Yo había señalado ya el paralelismo exacto de la actitud de estos dos personajes que el Sr. CABRÉ, sin motivo, opone uno a otro.

En la lámina XXIII, el Sr. CABRÉ ha intentado agrupar en cuadro las figuras de Alpera y de Tortosilla, según cinco períodos; esa tentativa era interesante realizarla, pero bastante prematura aún; por esto no puedo admitirla tal como la presenta; he admitido a lo más, tres fases bien claras en Alpera; la última neolítica y esquemática; la primera, con figuras de animales de color rojo claro. En ésta el Sr. CABRÉ coloca animales seguramente posteriores, aunque más antiguos que otros. Por el contrario, su fase 3 no debe separarse de su fase 2, y los animales de su fase 4 pertenecen también al mismo conjunto.

Sus observaciones sobre la cronología del Val de Charco Amargo, me parecen más acertadas. Solo después de una serie de tanteos, será cuando se puedan sacar reglas generales aplicables a las distintas localidades.

Pero hay dos puntos sobre los cuales está el Sr. CABRÉ en manifiesta contradicción con afirmaciones que yo he emitido después de madura reflexión y con plena conciencia de su alcance. Se trata de la existencia en Cogul, de figuras representativas del bisonte, y en Alpera de una figura de *alce*.

Los bisontes de Cogul, que yo he dado a conocer, son *dos*: uno situado sobre la bóveda del Abrigo, así como una figura de hombre semiesquemático como los más antiguos del Queso, está pintado sobre un fondo muy oscuro; la luz muy oblicua y poco considerable que recibe esa superficie, a la vez que la posición muy elevada, necesitando el empleo de escalas para un examen serio, hacen el estudio poco cómodo. Por esto concibo que miradas sinceras, pero medianamente acostumbradas a esas interpretaciones, y fuera de ciertos juegos de luz proyectada y reflejada a veces indispensable, hayan renunciado a ver nada cierto. Pero el Sr. CABRÉ no podría ser objeto de semejante reproche; el dibujo que publica de este animal, aparte la omisión de la cola y muchas finuras que se le han escapado, sobre todo en el perfil de la cabeza, confirma muy claramente mi interpretación; declara, sin embargo, no ver en él sino un toro. ¿Conoce bien los caracteres diferenciales de los dos bóvidos? La im-

posibilidad de comparar con el dibujo discutido ningún buey de igual estilo y del mismo período, así como la existencia de otro bisonte en Cogul mismo, y de otro en la Pileta, completan la demostración. Al principio no había yo reconocido claramente el segundo bisonte de Cogul; pero un estudio más profundo de los dibujos de los bóvidos y del aspecto de los bisontes jóvenes, me ha permitido llegar a esa determinación precisa, de la que no hace mención el Sr. CABRÉ.

El alce de la Cueva del Queso de Alpera no halla tampoco buena acogida en sus críticas. Como considero mi determinación perfectamente sólida, creo un deber contestar. Con anterioridad al señor CABRÉ, sostuve que la pintura primitiva era una cabra montés reverso en rojo claro repintada en obscuro o moreno en otra figura de alce. Este se halla caracterizado por dos elementos: el morro enorme que cae en una testera muy arqueada, que exagera la del caballo y no se parece a la de ningún ciervo. El Sr. CABRÉ atribuye este carácter tan notable a una descostración de la roca; pero ese descostramiento, quitando superficie al morro normal de un ciervo, lo habría empequeñecido y no agrandado; por otra parte, ninguna fisura ni escama ha alcanzado los contornos de la cabeza del alce discutido; el mismo dibujo que el Sr. CABRÉ reproduce en apoyo de su tesis, es la prueba de ello.

En cuanto a las astas del alce, se caracterizan por su ensanchamiento en forma de abanico aplastado, desde su base; su lóbulo está cortado hacia adentro de una manera bastante variable, según la edad, y tiende a la subdivisión en dos; la parte anterior es bastante menos ancha que la posterior, pero ambas presentan pitones cortos, de longitud casi igual y espaciados con bastante regularidad.

Cierto es que cuesta trabajo el llegar a discernir los detalles sobre la pintura de Alpera; pero, en fin, yo los he apreciado claramente, y conmigo los Sres. OBERMAIER y BURKITT, que han aceptado mi interpretación. Pero el Sr. CABRÉ no se ha limitado a decir que mi dibujo le parecía más o menos discutible, a causa de la dificultad de apreciación en una figura semiborrada; yo no hubiera podido responder sino que, después de tantas visitas a Alpera y tantos exámenes repetidos, tenía la absoluta convicción de que no se trataba de asta de ciervo. El Sr. CABRÉ publica un dibujo de esa famosa asta, excusándose, con visible embarazo, de haber tenido que acentuarlo, tal como él lo comprende. Me veo obligado a decir que ha sido casi inventado por él en todas sus partes, para las necesidades de la causa, y de un modo tal, que no se parece a los de

ningún ciervo viviente, y aún menos a las astas de los ciervos, tan numerosos, de las rocas orientales. Evidentemente se ha dejado sugestionar por su fantasía, cosa muy peligrosa al aventurarse en los dominios de la morfología zoológica. Este año, 1915, he tenido, por otra parte, la satisfacción de observar sobre otra roca de la misma provincia otras dos figuras de alces, que confirman definitivamente mi primera interpretación de Alpera.

En la última parte, donde trata de las rocas meridionales de la provincia de Cádiz, cita el Sr. CABRÉ la crítica que le dirigí por haberse dejado sugestionar por el recuerdo de los ciervos de Calapata, copiando la cierva (que yo creo neolítica) de Pretina (1). El Sr. CABRÉ reconoce muy lealmente que eso es posible y dice que volverá a ver esos dibujos en la primera ocasión.

Espero que podrá asimismo, en adelante, subsanar los diversos puntos de su obra que he debido criticar. Esa obra no deja de ser sugestiva, tanto por los temas que trata, como por la vivacidad del relato y la profusión de ilustraciones. El hecho de que yo haya reunido en algunas páginas las correcciones que necesita, podría hacer suponer que no encuentro en ella méritos, lo cual es muy contrario a mi pensamiento. Pero en España, donde se difundirá especialmente el libro, se reconocerá pronto lo que contiene de ameno y verdaderamente útil. Al suplicar a una SOCIEDAD española que acoja estas observaciones, es mi deseo que las personas a quienes interesan estas materias puedan rectificar sobre diversos puntos las opiniones del autor, y oír, respecto de otros, la justificación de ideas contrarias de que soy defensor.

Cúmpleme darle las gracias por la hospitalidad que se digna dar a estas páginas, y que es para mí un nuevo motivo de gratitud hacia aquéllos que se esfuerzan por acrecentar el amor a las ciencias prehistóricas y naturales.

(1) La única figura de las grutas de los alrededores de la Laguna donde hay una figura paleolítica, es la de Palomas. Yo mismo hice conocer al Sr. CABRÉ la existencia de esa figura, que no había visto.